

# De la humanidad en cuestión

**Sebastián Gámez Millán**

Primero fue la humanidad y luego las humanidades; no me extrañaría así que el hombre desapareciera "como en los límites del mar un rostro de arena". Lo cierto es que el 25 de enero de 2007 apareció en el semanario alemán *Die Zeit* un artículo firmado por Harald Welzer, titulado "¡Basta ya de inútiles!", en el que, más que el abandono de las llamadas ciencias humanas por "inútiles", como pueda parecer en una lectura superficial, se reivindica la inserción o adaptación de éstas a lo que comúnmente entendemos por ciencias útiles que, en gran medida, tendrían en las denominadas ciencias naturales un modelo a imitar.

Algunos días después, el 8 de febrero de este mismo año, desde las páginas de *Die Zeit*, le respondió Martin Seel con otro artículo titulado "La paradoja de la utilidad. Sobre la legitimidad de las ciencias humanas", donde, en resumen, se defiende que "cuanto más útiles quieren ser las ciencias humanas, menos valor tienen".

Debido a la reciente traducción que se ha publicado de estos artículos en *Revista de Occidente*, la discusión se ha reanudado y propagado en España, si es que no estaba ya bajo otra forma con el debate en torno a si merece la pena o no que se mantenga la licenciatura de historia del arte o, años atrás, con el debate sobre la posible eliminación de la asignatura de filosofía del bachillerato e, incluso, con la exaltada por unos, y vilipendiada por otros, educación para la ciudadanía; lo cierto, ya digo, es que los ecos se han reanudado y propagado por aquí. Así, el sábado 7 de julio, en las páginas del suplemento cultural ABCD, podíamos leer un artículo de Andrés Ibáñez titulado precisamente "¿Para qué las humanidades?", donde revisa brevemente las posturas encontradas de cada uno para, posteriormente, expresar la suya al respecto, postura que podría condensarse en sus últimas líneas: "Welzer se pregunta para qué sirven las ciencias humanas. Sirven, entre otras cosas, para crear una sociedad de individuos libres que tienen el derecho a disentir y en la que es posible plantear preguntas del tipo: "¿cuál es la utilidad de las ciencias humanas?".

En primer lugar, tengo para mí que la discusión no es nueva: las llamadas ciencias humanas y, en especial la filosofía, la "inútil" por excelencia, la más antigua de todas ellas, y tal vez por ello, la que ha adquirido mayor destreza en ir deslizándose por el hilo a la manera de un acróbata que continuamente amaga con caerse, andan a tientas, cuestionándose cada cierto tiempo y, como en ocasiones se encuentran "inútiles" frente al poder y la eficacia productiva de las denominadas ciencias naturales, procuran imitarlas con mayor o menor suerte.

No ignoro que la cuestión desborda, con creces, el espacio y el tiempo del que dispongo en estos momentos, cuestión más decisiva de lo que parece, pues en no escasa medida son el tiempo y el espacio los que imponen los límites a nuestras respuestas -y no sólo a ellas-, pero, con todo, no me resisto a responder, como buenamente pueda en este espacio, a esta pregunta: "¿Para qué las humanidades?"

Sin levantar la mirada muy atrás, ya Heidegger, en las primeras páginas de *Carta sobre el humanismo*, escribe que desde la imperecedera escuela de Platón y Aristóteles, el pensar se puso "al servicio del hacer y el fabricar". Es lo que Heidegger llama "la interpretación técnica del pensar". "Desde entonces -añade-, la "filosofía" se encuentra en la permanente necesidad de justificar su existencia frente a las "ciencias". Y cree que la mejor manera de lograrlo es elevarse a sí misma al rango de ciencia. Pero este esfuerzo equivale al abandono de la esencia del pensar. La filosofía se siente atenazada por el temor a perder su prestigio y valor si no es una ciencia".

Mas, retomando el hilo, debo decir que comparo parcialmente la postura de Welzer: a mí también me gustaría que las llamadas ciencias humanas incidieran más en los problemas sociales en lugar de dedicarse "principalmente a la exégesis y edición de neokantianos de tercera", me gustaría que la universidad, como quería ya Ortega y Gasset en las primeras décadas del siglo XX, no estuviera tan alejada de las preocupaciones de la

sociedad, aunque tampoco subordinada a todas sus modas, en no pocas ocasiones tan caprichosas y pasajeras.

Puede que de esta manera, incidiendo sobre el cuerpo social como el médico incide sobre el cuerpo aquejado y enfermo del paciente, las llamadas ciencias humanas recobrasen mayor credibilidad y acogida, al comprobar los ciudadanos que no únicamente se limitan a exégesis de neokantianos de tercera y que, por consiguiente, pueden ser de provecho para ellos y la ciudad, por no pronunciar esa incómoda palabra, "utilidad", fuente de no pocos equívocos y malentendidos, como se verá a continuación.

Debo reconocer, en consecuencia, que hay algo de razonable y puede que hasta de ineludible en la propuesta pragmática de Welzer, siempre y cuando no se confunda pragmatismo con el capitalismo atroz con el que a veces se le confunde, sino más bien con cierto funcionalismo indispensable. La misma naturaleza parecería haberse provisto de un mecanismo autorregulador con idénticos fines (*natura naturata* lo llamó Spinoza; *autopoiesis* lo denominan algunos biólogos actuales): lo que no funciona, salvo contadas excepciones, perece. Lo que no comparto de la postura de Welzer es su uso y concepción de qué es lo "útil", a mi entender, demasiado restringida. Georges Bataille nos previno de ello cuando sostenía que "siempre que el sentido de un debate depende del valor fundamental de la palabra *útil*, es decir, siempre que se aborda una cuestión esencial relacionada con las sociedades humanas (...) puede afirmarse que tal debate está necesariamente falseado y que se elude la cuestión fundamental. No existe, en efecto, medio alguno correcto, dado el conjunto más o menos divergente de las concepciones actuales, capaz de definir lo que resulta útil a los hombres".

A diferencia de otros instintos o necesidades, la música, en principio, es inútil para los seres humanos, se diría que es superflua; sin embargo, es un fenómeno presente bajo diferentes formas en todas las culturas humanas, y a pesar de que no lo necesitamos como los alimentos o dormir, se nos antoja poco menos que indispensable para vivir.

Por eso Bataille acuñó el concepto de *dépense*, que se ha traducido por *gasto* o *derroche* o *lujo*, con el fin de comprender estos fenómenos, y pensemos, además de en la música, en la literatura, la pintura, etc. en apariencia "inútiles", pero que, de una forma u otra, no podemos prescindir, al menos a juzgar por la presencia

que ocupa en tantas y tantas culturas humanas. Aún más, si bien tampoco podemos prescindir de ciertos instintos o necesidades biológicas, tales como comer, defecar o dormir, por ejemplo, aquello que nos realiza, o si se prefiere, aquello mediante lo cual nos sentimos logrados, por no emplear más el erosionado término de Maslow, es, en gran medida, cultural, y en tanto que cultural, un *gasto*, un *derroche*, un *lujo* (¿innecesario?). Piénsese en aquellos músicos cuya aspiración última, por encima de otros quehaceres que en principio nos parecerían más "útiles", es componer música perdurable; o en aquellos poetas, escritores, pintores, escultores, arquitectos, cineastas...

Welzer parece desconocer el placer que los seres humanos a menudo experimentan con lo que muchos califican de "inútil", y no sólo eso, sino lo que no es menos relevante, que en esas inútiles tareas con las que nos jugamos de forma simbólica la vida, y que no por casualidad están íntimamente ligadas con las llamadas ciencias humanas, parece que nos logramos (salvamos) más que con las necesidades estrictamente biológicas.

Los verdaderos poetas saben, con Baudelaire, que necesitan un poema como el pan de cada día. Sin el poema probablemente puedan sobrevivir, pero difícilmente se sentirán vivos en un sentido que sobrepase el meramente zoológico, cuando a los seres humanos no les basta con vivir en esta acepción: necesitan sentir que están lográndose, que están cumpliendo su proyecto vital, que están acercándose a ése que aguardan ser, de acuerdo con el imperativo de Píndaro. Y con él comienzo a poner el dedo en la llaga: si, por una parte, nuestra naturaleza es genética y, por consiguiente, estamos determinados por esa indisociable interacción entre las disposiciones genéticas y los efectos del medio ambiente, como han descubierto las ciencias biológicas recientemente, parece, en cambio, que "nada es tan humano como el traspasar lo que existe" (Ernst Bloch); aún más, que el valor y el mérito de una vida, tanto individual como socialmente, descansa en traspasar lo que existe, en superar lo que ya es.

En otras palabras, quienes se atreven a adentrarse en los mil y un recovecos de la poesía, la música, la literatura, la pintura y las artes en general, de las que, en gran medida, se sustentan las llamadas humanidades, pueden realizar en sí unas transformaciones tan decisivas e incluso más que las que puede realizar el ser humano alterando o modificando la estructura

genética de otro futuro ser humano. Mientras en el segundo caso asistiríamos a una transformación comparable a la que aconteció cuando un reptil se convirtió en pájaro, en el primero, e insisto, no menos decisivo, asistimos continua y, por ello, casi imperceptiblemente a unas transformaciones de cómo nos (auto)interpretamos y (auto)comprendemos, de tal manera que nos resultaría, por así decir, más "lejano" un ser que tuviese una estructura genética idéntica a la nuestra y que, sin embargo, se (auto)interpretase y (auto)comprendiese de forma diferente a la nuestra, que un ser que tuviese otra estructura genética y, no obstante, se (auto)interpretase y (auto)comprendiese en símbolos semejantes a los nuestros, salvo que la estructura genética tal vez predisponga nuestra forma de interpretarnos y comprendernos.

Por aquí es, quizá, por donde podríamos responder adecuadamente a la diferencia abismal entre "el mundo", pongamos, de una mosca, y el nuestro o, si se quiere, los nuestros, a pesar de la inquietante cercanía genética entre ambas especies.

Es así cómo las artes y, con ellas, inseparablemente, las inútiles ciencias humanas, nos conforman a su modo y semejanza, de manera que si tenemos -o más bien somos- esa particular forma de amar o tener celos es, en parte y culpa, porque un tal Marcel Proust escribió *En busca del tiempo perdido*; del mismo modo que si alguien sueña con un planeta más ecológico y habitable -válgame el pleonasma-, tal vez sea porque haya leído *Walden o la vida en los bosques*, de Henry David Thoreau, y haya encontrado inspiración en sus palabras, la misma que debió sentir ese pequeño "faquir medio desnudo" que más tarde conoceríamos como Mahatma Gandhi (en palabras de Albert Einstein, el más grande político del siglo XX, aunque éste no alcanzara a ver mucho más de medio siglo), tras leer *Del deber de la desobediencia civil*. ¿Será preciso recordar que una de las bellas creaciones de los hombres, los Derechos Humanos, serían inconcebibles, en su formulación actual, sin las áridas argumentaciones de Kant?

Permítanme decirlo por última vez aquí, con Richard Rorty, y espero que la larga cita se me disculpe teniendo presente que es mi modesta forma de rendirle homenaje tras su reciente desaparición física: "Sus críticos dijeron que nos había reducido al nivel de las bestias -escribe refiriéndose a las teorías de Darwin-, pero lo cierto es que nos permitió concebir la audacia imagina-

tiva como fuerza causal comparable a la mutación genética. Darwin reforzó el historicismo de Herder y Hegel porque nos permitió concebir la evolución cultural en el mismo nivel que la evolución biológica: como igualmente capaz de crear algo radicalmente nuevo y mejor; y posibilitó que poetas como Tennyson y Whitman, y pensadores como Nietzsche, H.G. Wells, George Bernard Shaw y John Dewey soñaran utopías en que los seres humanos se habían tornado tan maravillosamente diferentes de nosotros como somos nosotros del neanderthal. Los sueños de socialistas, feministas y otros han producido un profundo cambio en la vida social de Occidente, y pueden devenir en inmensos cambios de la vida de la especie en general. Nada de lo que nos digan las ciencias naturales debe de salentarnos de seguir soñando nuevos sueños."

Sebastián Gámez Millán